

Gracias, Silvia,
¡te espero!

PRESENTACIÓN LIBRO DE J.A. JÁUREGUI

La vida es juego

Señoras, señores, queridos amigos:

Estoy muy honrado y agradecido a mi querido José Antonio, primero por haberme dedicado este precioso libro, y luego por haberme pedido que contribuya a su presentación pública. Dado mi escaso conocimiento sobre sociología y antropología, siento un gran alivio al compartir mesa con Amando de Miguel.

Personas
Dramáticas

y envidia
sana

Caro amigo^s et frater Josephus Antonius:

Otra de las razones por las que te estoy agradecido es porque me has acercado, muy tarde en la vida, a las inclinaciones de mi infancia. Uno de mis amigos, profesor de Oxford desde hace 30 años, me decía que al preguntar a sus hijos qué querían ser cuando fueran mayores, todos hasta los diez años le decían que bomberos, y a los quince, que psicólogos. Yo, durante mi infancia y adolescencia aspiraba a ser profesor de latín. La vida me hizo abandonar esa vocación de niño, y ahora José Antonio me acerca a ella: una creciente proporción de nuestra comunicación por email va pasando al latín.

Voy a ser muy breve, porque me siento peso ligero en esta mesa, porque creo que es sobre todo el autor quien debe presentar su libro y asumir el protagonismo, y por temor a aburrirles. Aún recuerdo una Conferencia que di en Londres en 1977 en la Royal Commonwealth Society.....

personas de pie

El libro, José Antonio, me ha parecido excelente por tres razones. Primero, porque tiene ²⁷⁸283 páginas de una amenidad que nunca decae. Segundo, porque es un alimento para la mente, un americano lo llamaría "an exquisite food for thought". Tercero, porque es de una asombrosa actualidad: aparece en un momento en el que muchos jóvenes descubren en sus vidas el horror de su primera guerra. Voy sólo a dar algunas pinceladas.

En efecto, el prólogo del libro ya plantea que "la vida

Sana
envidia
maldosa

es un juego” y que, como en todos los juegos, se puede “ganar” o perder”. “Se pierde o se gana una guerra”. “¿Es la guerra un juego?” También se pregunta si la economía es un juego (se pierde y se gana dinero). Y, naturalmente, si la política es un juego en el que se gana y se pierde. Es evidente que estamos preocupados con los verbos GANAR y PERDER.

Según Heráclito: “la guerra es el padre de todas las cosas”. No habla explícitamente de juego pero presupone que es un juego que se gana o se pierde y que los equipos que ganan el juego son los que mandan, y los que pierden, los que obedecen.

Hegel bebió en sus fuentes y por ello su teoría de la tesis-antítesis es una variación del tema de Heráclito.

Y Karl Marx bebió en la fuente de Hegel. Su concepto de “lucha” (de clases) es una variación del mismo tema.

Por otra parte, Arnold Toynbee, da a entender que la historia de la humanidad es un juego en el que los equipos son las civilizaciones que juegan entre sí, ganando unas y perdiendo otras.

Samuel Huntington ha bebido en la fuente de Toynbee, de cuyo tema ha creado una variación: presupone que la historia de la sociedad humana es un juego en el que las civilizaciones chocan entre sí en su intento de ganar y de derrotar. La destrucción de las torres gemelas de N.Y. ha puesto sobre el tapete internacional “**el choque de las civilizaciones**” de Huntington. Una teoría que yo me he esforzado en refutar pero que puede convertirse en una profecía autocumplida.

José Antonio nos recuerda que el juego de la vida se juega con dos barajas: una es la baraja de las palabras, de los gestos, de los gritos, de los abrazos, de los golpes, de los tiros, de las bombas. Es decir, las cartas que, como las piezas de ajedrez, están en el tablero. La otra es la baraja oculta de las ideas y sentimientos, de las zancadillas. El juego de la vida se juega con

dos barajas, por lo tanto, es un doble juego. En ese juego mostramos unas cartas y ocultamos otras.

Maquiavelo y Hobbes nos dijeron cómo en el juego humano –político, económico, militar- el engaño y la traición son cartas que a veces permiten ganar el juego (el del poder y el del dinero).

Pero el juego puede también ser ético. En el juego de ajedrez los dos jugadores reciben las mismas piezas. Se respeta la primera regla del juego: la igualdad. Para que el juego sea “fair play”, juego limpio, no se debe dar ventajas a ningún jugador.

Otro motivo de agradecimiento, José Antonio, es que tu libro me ha recordado aquí a una de las personas que más me honraron al concederme el don de su amistad: Jorge Luis Borges. Me vas a permitir que lea su precioso soneto de “El Hacedor” dedicado al ajedrez. Este soneto fue escrito hace más de 30 años pero cobra una sobrecogedora actualidad en estos días:

En su grave rincón los jugadores
rigen las lentas piezas, el tablero
los demora hasta el alba en su severo
ámbito en el que se odian dos colores.

Adentro irradian mágicos rigores
las formas; torre homérica, ligero
caballo, armada reina, rey postrero,
oblicuo alfil y peones agresores.

Cuando los jugadores se hayan ido,
cuando el tiempo los haya consumido
ciertamente no habrá cesado el rito

En el oriente se encendió esta guerra
cuyo anfiteatro es hoy toda la tierra.
Como el otro este juego es infinito.

Jose Antonio nos recuerda la asimetría, lo poco equitativo, que es el juego de la vida. Aún en Estados Unidos, con su “upward social mobility” en la que en teoría cualquier ciudadano tiene las mismas cartas para jugar y para ganar el juego de la Casa Blanca, George Bush hijo sabe que tiene mejores cartas para ganar este juego y coronarse como Bush II.

En la Roma de Virgilio se proclamaba el estado de derecho, la ley que igual para todos, pero en la realidad del tablero del ajedrez romano encontramos patricios, plebeyos, y esclavos.

José Antonio nos recuerda que no es lo mismo nacer en Estados Unidos que en Burkina Fasso. No es lo mismo nacer en África que en la Unión Europea, a la que no pueden acceder los sin papeles que proceden de África y que “se juegan” la vida y a veces la pierden en las pateras.

Y esto se relaciona con “el juego de tener razón”, que crea jerarquías: la de los salvajes y los civilizados. En este juego cada uno de los jugadores se proclama vencedor antes de jugar el juego. Aquí intervienen las cartas y otros juegos, incluidos los económicos y los militares.

Los seres humanos llevamos siglos compitiendo en equipos territoriales que intentan dominarse entre sí.

¿Son civilizados los romanos que a sangre y fuego imponen su derecho, su teatro? ¿Son salvajes los íberos, bretones, etc que deben tragar los que les impone Roma?

¿Es civilizado o más civilizado el país que tiene la economía más próspera y el ejército más poderoso? ¿Gana este juego el que tiene más dinero o el arma más mortífera?

Todavía hoy, en que nos creemos ya unos ciudadanos del mundo razonables y sensatos, seguimos jugando al juego de los salvajes y los civilizados.

Dos cosas importantes nos recuerda José Antonio. Primero: la sociedad, sea Roma, sea Estados Unidos, no tiene razón, ni conciencia, ni libertad. Solamente el individuo está dotado de razón para razonar y de conciencia para elegir entre el bien y el mal. Segundo, en el juego de tener razón aparece el juego entre lo objetivo (la ley, las mismas reglas del juego) y lo subjetivo (la interpretación de un juez determinado).

Al principio de la década de los 90, Francis Fukuyama anunció: “se ha terminado el juego, se ha terminado la historia”. “¿Cómo debemos entender la razón de esta sinrazón? Durante décadas Rusia y Estados Unidos habían echado una partida ideopolítica: comunismo contra democracia. Cuando Rusia perdió este juego Fukuyama anunció “el fin de la historia”. Estados Unidos ha ganado por goleada su partida ideopolítica: todos o casi todos aceptan y aplauden el credo ideopolítico llamado “democracia” como el único verdadero.

No debemos olvidar todo el significado del verbo GANAR aplicado a la guerra, así como el culto ferviente en monumentos y en ritos a las grandes victorias.

Los equipos se alinean entre sí, según les convenga. Hoy Rusia se alinea con Estados Unidos. La palabra “imperio” está éticamente contaminada, pero como es necesaria alguna palabra políticamente correcta, “superpoder” reemplaza a “imperio”. Estados Unidos derrotó a su rival, Rusia, y se convirtió en el superpoder, pero ahí no termina el juego.

En el juego el ganador goza en la misma medida en que el perdedor sufre. El perdedor se siente derrotado y humillado. Odia al ganador (Imperio). Todos los que se sienten así aplauden cuando un perdedor desafía el poder imperial y le derriba las Torres Gemelas.

o los Estados Unidos de Europa

En otro aspecto la Unión Europea ha empezado a desafiar a Estados Unidos en el terreno del juego econopolítico. Por primera

vez, al dejar de estar tan divididos este equipo se permite el lujo de un desafío. El equipo europeo, el equipo del euro.

Aunque se habla de “libre comercio”, de “globalización” y de “democracia”, **las reglas del juego del mal llamado “libre comercio” no son votadas democráticamente por todos los países. Estados Unidos tiene voz, voto y veto.** No solamente se votan las reglas del juego sino que se vetan. Estados Unidos y la UE, como afirma J. Stieglitz pueden vetar una norma que no convenga a sus intereses aunque al hacerlo perjudique y dañe seriamente a los países pobres

La globalización { *ganadores*
perdedores

En el tablero del juego econopolítico, hay casillas muy distintas para patricios y para plebeyos, para propietarios y para trabajadores, para los de clase aristocrática, alta, media, trabajadora y para los “homeless”.

En el juego es fundamental la figura del “árbitro”. Para que éste pueda ser imparcial no puede ni debe jugar con uno de los equipos o jugadores que se disputan el trofeo. Si bien todos entendemos la razón de ser de esta regla de juego, fácilmente caemos en la trampa de jugar y de arbitrar. En los juegos ideopolíticos –campañas electorales- cada candidato que juega a ganar infringe descaradamente la regla del juego de no ser a la vez árbitro y jugador.

Otra reflexión ¿No se han erigido todos los imperios chantajeando, torturando y asesinando en nombre de grandes ideales? ¿Podemos seguir venerando las guerras “ganadas”? Por último plantea este interrogante: ¿qué juegos, qué equipos y qué reglas del juego deberían permanecer?

*No condone
hace que los
denos*

La relevancia de esta reflexión final de José Antonio Jáuregui me parece escalofriante. En estos días no puedo menos de pensar en que la generación de mis padres sufrió más de cincuenta millones de muertos, y que esas vidas se sacrificaron para crear unas instituciones, las de las Naciones Unidas, para que respondieran a la pregunta de José Antonio estableciendo reglas

equitativas. Muchas personas nos preguntamos si estas semanas no están haciendo estéril ese sacrificio e implantando las reglas de la Jungla: la Ley del más fuerte.

Muchas gracias, José Antonio.
